

Hänsel y Gretel

Al lado de un gran bosque vivía un pobre leñador con su mujer y sus dos hijos; el muchachito se llamaba Hänsel y la niña Gretel. Tenían poco para comer, y un buen día, cuando en el país reinaba una enorme carestía, no pudo ni conseguir el pan diario. Por la noche pensaba en ello y se removía lleno de preocupación. Suspirando le dijo a su mujer:

—¿Qué será de nosotros? No podemos siquiera alimentar a nuestros pobres hijos, ya que no tenemos suficiente ni para nosotros mismos.

—¿Sabes una cosa, marido? —contestó la mujer—. Mañana muy temprano llevaremos a los niños al bosque, allí donde es más espeso; entonces les encendemos un fuego y le damos a cada uno un trocito de pan, luego nos vamos a trabajar y los dejamos solos. No encontrarán el camino de regreso a casa y así nos libramos de ellos.

—No, mujer —dijo el marido—, yo no hago eso. ¿Cómo voy a tener corazón de dejar a mis hijos solos en el bosque? Pronto aparecerían los animales salvajes y los destrozarían.

—Oh, qué necio eres —dijo ella—. Entonces tendremos que morir todos de hambre. Ya puedes ir cepillando las tablas para los ataúdes.

Y no le dejó en paz hasta que él consintió.

—Pero los pobres niños me siguen doliendo, desde luego.

Los dos niños no habían podido dormirse tampoco a causa del hambre y habían oído lo que la madrastra le había dicho al padre. Gretel lloró amargamente y le dijo a Hänsel:

—Ahora estamos perdidos.

—Tranquila, Gretel —dijo Hänsel—. No te entristezcas, ya buscaré yo el modo de ayudarnos.

En cuanto los padres se durmieron, se levantó, se puso su chaquetita, abrió la hoja inferior de la puerta y se deslizó hacia fuera.

En ese momento lucía la luna intensamente y los blancos guijarros que había ante la casa brillaban como monedas. Hänsel se agachó y metió tantos como le cupieron en el bolsillito de su chaqueta. Después regresó de nuevo, hablándole así a su hermana:

—No tengas miedo, querida hermanita, y duérmete tranquila. Nuestro Señor no ha de abandonarnos.

Y se metió de nuevo en la cama.



Hänsel y Gretel

Cuando se hizo de día y antes de que el sol saliera, llegó la mujer y despertó a los dos niños:

—¡Levantaos, perezosos! Vamos a ir al bosque a recoger leña.

Luego le dio a cada uno un trozo de pan y dijo:

—Tomad, aquí tenéis la comida, pero no os la comáis antes de mediodía, pues no vais a tener ya nada más.

Gretel se metió el pan bajo el delantal, porque Hänsel tenía las piedras en el bolsillo. Luego se pusieron todos juntos en camino con dirección al bosque. Cuando habían andado un rato, Hänsel se paró una y otra vez mirando hacia la casa. El padre dijo:

—Hänsel, ¿qué estás mirando y por qué te quedas atrás? Presta atención y no te olvides de andar.

—¡Ay, padre! —dijo Hänsel—. Estoy mirando a mi gatito blanco, está sentado en el tejado y me dice adiós.

La mujer habló:

—¡Tonto! Ese no es tu gatito, es el sol de la mañana que se refleja en la chimenea.

Hänsel no había mirado a su gatito, sino que había sacado cada vez un guijarro reluciente de su bolsillo y lo había arrojado al camino.

Cuando llegaron al interior del bosque, dijo el padre:

—Coged leña, niños, que haré un fuego para que no paséis frío.





Hänsel y Gretel cogieron ramas secas e hicieron un pequeño montón con ellas. Prendieron las ramas secas, y cuando el fuego era ya grande, dijo la mujer:

—Bien, niños, poneos aquí al lado del fuego y descansad; nosotros vamos al bosque a partir leña. Cuando hayamos terminado, volveremos y os recogeremos.

Hänsel y Gretel permanecieron sentados al fuego, y cuando llegó el mediodía, cada uno se comió su trocito de pan. Y como oían los golpes del hacha creían que su padre estaba cerca. Pero no era el hacha, sino una rama que él había atado a un árbol seco y el viento la movía de un lado para otro. Y como llevaban ya mucho tiempo sentados, los ojos se les cerraban de cansancio y se durmieron. Cuando, finalmente, se despertaron era ya noche cerrada. Gretel comenzó a llorar y dijo:

—¿Cómo podremos salir del bosque?

Hänsel la consoló:

—Espera un poco hasta que salga la luna, entonces encontraremos el camino.

Y cuando la luna hubo salido del todo, Hänsel cogió a su hermana por la mano y siguió el rastro de los guijarros, que brillaban como monedas recién fundidas y les mostraban el camino. Caminaron durante toda la noche, y cuando empezaba de nuevo a amanecer llegaron a la casa de su padre.





Llamaron a la puerta, y cuando la mujer abrió y vio que eran ellos, dijo:

—Niños malvados, ¿cómo es que habéis dormido tanto tiempo en el bosque? Creíamos que no queríais regresar.

El padre, sin embargo, se alegró, pues se le había encogido el corazón cuando los había tenido que dejar totalmente abandonados.

No mucho tiempo después volvía a haber necesidad por todas partes, y los niños oyeron cómo la madre, por la noche, le decía al padre en la cama:

—Ya nos hemos comido todo otra vez, solamente tenemos media libra de pan; después de esto será el final. Los niños tienen que irse, les llevaremos mucho más adentro del bosque para que no encuentren el camino de salida; de lo contrario, no habrá salvación para nosotros.

El hombre se apenó mucho y pensó: «Sería mejor repartir el último bocado con tus hijos.» Pero la mujer no atendía a razones, insultándole y haciéndole reproches. El que ha cedido la primera vez, tiene que ceder la segunda, así que tuvo que volver a hacerlo. Sin embargo, los niños estaban todavía despiertos y habían oído la conversación. Cuando los padres se durmieron, se levantó de nuevo Hänsel y quiso coger guijarros como la vez anterior, pero la mujer había cerrado la puerta y no pudo salir. Sin embargo, consoló a su hermana y le dijo:



—No llores, Gretel, y duérmete tranquila. Dios, nuestro Señor, nos ayudará.

A la mañana siguiente vino la mujer y sacó a los niños de la cama. Les dio un mendruguillo de pan más pequeño que la vez anterior. En el camino hacia el bosque, Hänsel lo desmigajó en su bolsillo, se paró y echó una miguita al suelo.

—Hänsel, ¿por qué te paras y miras hacia atrás? —dijo el padre—. Sigue tu camino.

—Estoy mirando mi palomita que está sentada en el tejado y quiere decirme adiós —contestó Hänsel.

—¡Tonto! —dijo la mujer—. No es tu palomita, es el sol mañanero que se refleja en la chimenea.

Hänsel, sin embargo, siguió arrojando una tras otras las migajas al camino.

La mujer llevó a los niños más hacia el interior del bosque, donde ellos no habían estado en toda su vida. A continuación hicieron de nuevo un gran fuego, y la madre dijo:

—Estaos aquí sentados, niños, y cuando os canséis, podéis dormir un poco. Nosotros vamos al bosque a cortar leña; cuando hayamos terminado, vendremos y os recogeremos.

Cuando llegó el mediodía, Gretel repartió su pan con Hänsel, que había esparcido el suyo por el camino. Luego se durmieron y pasó la tarde, pero nadie vino por los pobres niños. No se despertaron hasta entrada la noche, y Hänsel consoló a su hermanita diciéndole:

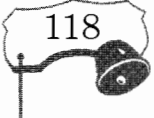
—Espera, Gretel, hasta que salga la luna, entonces veremos las migajas que yo he esparcido, y ellas nos mostrarán el camino a casa.

Cuando la luna salió se levantaron, pero no encontraron migaja alguna, ya que los muchos pájaros que vuelan por el bosque y los campos se las habían llevado. Hänsel le dijo a Gretel:

—Ya encontraremos el camino.

Estuvieron toda la noche andando y todo el día siguiente, de la mañana a la tarde, pero no lograron salir del bosque y estaban muy hambrientos, pues no tenían nada más que las pocas bayas que había en el suelo. Y como estaban muy cansados y ya no podían tenerse en pie, se tumbaron bajo un árbol y se durmieron.

Hacía ya tres días que habían abandonado la casa de su padre. Comenzaron de nuevo a andar, pero cada vez se adentraban más en la espesura del bosque y, si no recibían pronto ayuda, morirían. Pero al mediodía vieron a un hermoso pajarillo, blanco como la nieve, que estaba posado en una rama, cantando de for-



Hänsel y Gretel

ma tan hermosa que se detuvieron y le escucharon. Y cuando terminó, batió sus alas y voló ante ellos; los niños le siguieron hasta que llegaron a una pequeña casa, en cuyo tejado se posó el pajarillo, y cuando se acercaron a ella vieron que la casita estaba hecha de pan y cubierta de pastel, y las ventanas eran de azúcar.

—Manos a la obra —dijo Hänsel—. Menudo banquete nos vamos a dar. Yo voy a comerme un trozo de tejado, Gretel; tú puedes comer de la ventana, que está dulce.

Hänsel alzó la mano y cogió un poco de tejado para probar cómo sabía, y Gretel se colocó al lado de los cristales y los mordisqueó. Entonces salió una fina voz de la habitación:

—Crunch, crunch, crunch. ¿Quién roe, roe?
¿Quién mi casita me come?

Los niños contestaron:

—Es el viento, sólo el viento,
el niño del cielo.

Y siguieron comiendo sin dejarse distraer. Hänsel, al que le estaba gustando mucho el tejado, arrancó un gran trozo de él, y Gretel cogió un cristal redondo de la ventana, se sentó y se puso a comerlo alegremente. De pronto se abrió la puerta y una mujer viejísima, que se apoyaba en una muleta, salió lentamente.



Hänsel y Gretel se asustaron tanto que dejaron caer lo que tenían en las manos. La mujer meneó la cabeza y dijo:

—¡Oh, queridos niños! ¿Quién os ha traído aquí? Entrad y quedaos conmigo, no os pasará nada malo.

Cogió a ambos por la mano y les llevó a la casita. Les sirvió buena comida, leche, filloas * con azúcar, manzanas y nueces. Luego se hicieron dos camitas con ropa blanca, y Hänsel y Gretel se metieron en ellas y pensaron que estaban en el cielo.

Pero la vieja que se había presentado de forma tan cordial era una bruja malvada que acechaba a los niños. Había construido de pan la casa solamente para atraerlos. Cuando caía uno en sus manos, lo mataba, lo cocinaba y se lo comía, y eso era para ella un día de fiesta. Las brujas tienen los ojos sanguinolentos y no ven bien de lejos, pero poseen un olfato tan fino como los animales y notan cuándo se aproximan seres humanos. Al llegar Hänsel y Gretel cerca de ella, se rió de forma malvada y dijo burlescamente:

—A estos los tengo ya, no se me pueden escapar.

Muy temprano por la mañana, antes de que despertaran los niños, se levantó, y cuando vio a los dos dormir tan tranquilamente, con las mejillas rojas rellenitas, se dijo para sí:

—¡Esto va a ser un buen banquete!

Entonces cogió a Hänsel con su mano seca, lo llevó a un pequeño establo y lo encerró tras una puerta enrejada. El gritó lo que quiso y pudo, pero no le sirvió de nada. Luego fue ella a donde estaba Gretel, la sacudió hasta despertarla y dijo:

—¡Levanta, holgazana, trae agua y hazle a tu hermano algo rico! Está sentado en el establo, tiene que engordar. En cuanto engorde, me lo comeré.

Gretel empezó a llorar amargamente, pero todo fue en vano, tuvo que hacer lo que exigía la bruja. A continuación le preparó al pobre Hänsel la mejor comida; Gretel, en cambio, no recibió más que caparazones de cangrejos. Cada mañana se deslizaba la vieja hasta el establo y decía:

—Hänsel, saca tu dedo para ver si has engordado.

Pero Hänsel sacaba siempre un huesecillo, y la vieja, que tenía los ojos turbios, no podía ver y pensaba que eran los dedos de Hänsel y se asombraba de que no engordara absolutamente nada. Pasaron cuatro semanas y Hänsel seguía estando flaco. Entonces se vio presa de impaciencia y no quiso esperar más tiempo.

—¡Gretel, ven aquí! —llamó a la muchacha—. Ve de prisa y trae agua, me da lo mismo que Hänsel esté flaco o gordo; mañana lo cortaré en trozos y me lo comeré.



Hänsel y Gretel

—¡Ay, ay! —se lamentaba la hermanita mientras acarreaba el agua; y cómo le rodaban las lágrimas por las mejillas—. ¡Dios mío, ayúdanos, por favor! —exclamaba—. ¡Si nos hubieran comido las alimañas en el bosque, por lo menos hubiéramos muerto juntos!

—Ahórrate tu gimoteo, no te va a servir para nada —decía la bruja.

A la mañana siguiente tuvo que salir Gretel temprano, colocar la marmita con agua y encender el fuego.

—Primero vamos a cocer pan —dijo la vieja—. Ya he encendido el horno y he preparado la masa.

Así que empujó a la pobre Gretel hacia el horno, del que salían las llamas del fuego.

—Entra dentro —dijo la bruja— y mira si está bien encendido para que podamos meter el pan.

Cuando Gretel estuviera dentro, ella cerraría el horno, Gretel se asaría allí dentro y se la comería. Pero Gretel advirtió lo que le rondaba por la cabeza y dijo:

—Yo no sé cómo tengo que hacerlo, no sé cómo puedo entrar ahí.

—¡Estúpida! —dijo la vieja—. La abertura es lo suficientemente grande, ¿no ves que hasta yo misma cabría ahí? —y a gatas metió la cabeza en el horno.



Entonces Gretel le dio un empujón, de tal manera que ella se resbaló más hacia dentro; entonces cerró la puerta de hierro y echó el cerrojo.

—¡Uf! —comenzó ella a dar enormes gritos, de forma espantosa. Gretel se marchó y la horrible bruja ardió de forma miserable.

Luego corrió sin pérdida de tiempo a donde estaba Hänsel, le abrió el establlillo y gritó:

—¡Hänsel, estamos salvados! ¡La vieja bruja está muerta!

A continuación, Hänsel saltó como un pájaro sale de la jaula cuando se le abre la puerta. ¡Hay que ver lo que se alegraron ambos! Se abrazaron, saltaron de alegría, besándose muchas veces. Y como ya no había por qué tener miedo, entraron en la casa de la bruja y en todos los rincones había cajones con perlas y piedras preciosas.

—¡Estas son mejor que los guijarros! —dijo Hänsel, y se metió en los bolsillos todo lo que le cabía, y Gretel dijo:

—Voy a llevarme a casa también algo —y se llenó el delantalillo.

—Pero ahora vámonos —dijo Hänsel—. Hay que salir del bosque de la bruja.

Cuando habían andado ya varias horas, llegaron a una gran corriente.

—No podemos cruzarla —dijo Hänsel—, no hay ningún sendero ni tampoco puente.

—Por aquí tampoco pasa barquito alguno —contestó Gretel—, pero por allí viene nadando un pato blanco; si se lo pido, él nos ayudará a cruzar.

Entonces dijo:

—Patito, patito mío,
aquí están Hänsel y Gretel;
no hay ni sendero ni puente:
crúzanos en tu lomito.

El patito se acercó y Hänsel se montó en él y le pidió a su hermana que lo hiciera a su lado.

—No —dijo Gretel—, sería muy pesado para el patito. Primero cruzará a uno y luego a otro.

Así lo hizo el noble animalito, y cuando estuvieron ya felices en la otra orilla y hubieron andado un rato, el bosque les resultó cada vez más conocido y finalmente divisaron de lejos la casa de su padre. En esto comenzaron a correr, entraron precipitadamente en la habitación y se le echaron a su padre al cuello. El hombre



Hänsel y Gretel

no había tenido ya ningún momento de alegría desde que había dejado a los niños en el bosque. La madrastra, por su parte, se había muerto. Gretel sacudió su delantalillo de manera que las piedras preciosas y las perlas cayeron rodando por la habitación, y Hänsel sacó un puñado tras otro de los bolsillos. Sus preocupaciones se acabaron entonces y vivieron felices en amor y compañía.

Colorín colorado este cuento se ha acabado, por allí corre un ratón, el que lo coja puede hacerse una gran capa de piel.

